

  
REVISTA DE LIBROS

Dossier: *Cuando amar era pecado*

**De disidencias, subjetividades y deseos. Una  
revisita a las experiencias de los sodomitas  
coloniales**

***Fernanda Molina***

*CONICET / Universidad de Buenos Aires - Instituto de Historia Argentina y Americana  
“Dr. Emilio Ravignani” (IHAYA)*

*fernandavmolina@yahoo.com.ar*

**E**n primer lugar, agradezco al equipo editorial de la revista *Rey Desnudo* por el interés y la invitación a participar de este dossier que tiene como eje de discusión un libro de mi autoría. Asimismo, quiero agradecer a las/os colegas que en sendas presentaciones compartieron sus agudos comentarios, observaciones y apreciaciones que hoy vuelcan en este dossier en forma de notas críticas<sup>1</sup>. Sus intervenciones, tanto en aquellas oportunidades como en esta, me obligaron, en un buen sentido, a volver sobre las páginas que terminara de escribir en la primavera de 2013<sup>2</sup>. Desde entonces, mucha agua ha corrido bajo el

- 
- 1 La presentación en la que intervinieron Guillermina Oliveto y Omar Acha tuvo lugar en el Museo Roca el 3 de octubre de 2018 en el marco de las *V Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Ravignani*. Jaqueline Vassallo, junto con Eduardo Mattio, participaron de la presentación organizada por el Museo Histórico Provincial “Marqués de Sobremonte” de la ciudad de Córdoba el 18 de octubre del mismo año. No quisiera dejar de mencionar que la primera presentación del libro se realizó el 22 de noviembre de 2017 en la Alianza Francesa, con el auspicio del Instituto Ravignani, y el Centro Franco Argentino, y contó con la participación de Dora Barrancos, Ana María Presta y Daniel Link. La intervención de Link fue publicada en Daniel Link, “Pecado, sensibilidad, afectividad”, *Página/12*, 8 de diciembre de 2017, suplemento Soy.
  - 2 El libro fue aprobado para su publicación por el Instituto Francés de Estudios Andinos en 2014 pero, debido a una serie de avatares editoriales, recién vería la luz tres años más tarde.

puente, tanto en el plano historiográfico y teórico como en lo que respecta a mi propio recorrido de investigación. En las páginas que siguen me propongo visitar *Cuando amar era pecado* a partir de los comentarios de las/os reseñadoras/os así como de un conjunto de reflexiones que vengo elaborando de un tiempo a esta parte.

Uno de los nudos problemáticos está vinculado con la denominación de las prácticas sexuales que fueron objeto de la investigación. En el último apartado del primer capítulo, realizaba una serie de consideraciones acerca de la pertinencia —o no— del uso del vocablo sodomía para referir a las relaciones sexuales entre varones durante el período analizado (pp. 43-47). Si, por un lado, animaba su uso el riesgo de extrapolar categorías contemporáneas a una sociedad en la que esas prácticas revestían significados, usos y representaciones diferentes y específicos, por otro lado, la marca delictiva y pecaminosa con la que había nacido el término, así como sus connotaciones criminalizadoras o su sentido de abyección, desalentaban su utilización. Esa disyuntiva fue resuelta en el libro en favor de lo que entonces consideraba la opción más “rigurosa” en términos históricos: la categoría de sodomía evitaba interpretaciones extemporáneas como las que podían emanar de nociones como la de homosexualidad. Ese tipo de recaudos, “tan propio de nuestros historicismos”, en palabras de Omar Acha, derivó en un tratamiento cauteloso del problema que no sólo se expresó en el uso o desuso de determinadas categorías, sino también en un acercamiento preocupado por enfatizar la “singularidad” histórica.

En su reseña al libro, Guillermina Oliveto, seguramente menos preocupada por estos dilemas que quien escribe, no dudó en denominar a las experiencias de los sodomitas coloniales en términos de “disidencia” sexual. En efecto, el derrotero sexual que siguieron los varones que fueron protagonistas de mi investigación se apartó de las conductas sexuales canónicas basadas en el intercambio “natural” entre varones y mujeres, la exaltación de la procreación y la descalificación del placer. Si bien este régimen sexual se forjó al calor de los filósofos helenísticos y romanos, la patrística y los sucesivos pensadores cristianos lo reelaboraron, convirtiéndolo en una nueva forma de experiencia en donde la “carne” se anudó con las nociones de pecado y moralidad<sup>3</sup>. La

---

3 Michael Foucault, *Historia de la sexualidad*, vol. 4. Los pecados de la carne (Buenos Aires: Siglo XXI, 2019), 70-71.

noción de disidencia, además de dar cuenta de las prácticas sexuales que antagonizaron con la heteronormatividad, permite desplazarnos hacia otros campos de indagación, como la subjetividad o el deseo, que excedieron sobradamente “el acto” en sí<sup>4</sup>. Lejos de constituir una preocupación meramente nominativa, la apelación a la noción de “disidencia” —que he introducido en trabajos posteriores— permite contener, en su formulación, un compendio heterogéneo de experiencias mucho más vasto que las prescripciones —y proscipciones— formuladas por los teólogos y juristas a través de la categoría de sodomía<sup>5</sup>.

Un segundo problema que surge a partir de las observaciones de las/os reseñadoras/es se sitúa en el campo de las experiencias afectivas que transitaron los sodomitas coloniales. El estudio de esta dimensión fue tan clave como problemático. Fue clave porque, como veremos más adelante, permitió problematizar ciertas miradas canonizadas en la historiografía acerca de las (homo) sexualidades; fue problemático porque exigió elaborar, muchas veces de manera intuitiva, una serie de procedimientos metodológicos a fin de indagar en los deseos, amores, pudores y miedos que caracterizaron la experiencia de la disidencia sexual en este período. La medida con la que atravesé esa experiencia de investigación —siempre en el delgado equilibrio entre la teoría y el archivo— es recogida en los comentarios críticos de Oliveto y Jaqueline Vassallo, quienes hacen referencia al “uso de una pluma contenida y cuidadosa” o a los “límites metodológicos cuidadosamente expuestos”. Se trataba, sin dudas, de un terreno resbaladizo, inestable, siempre al borde de sobreinterpretar una documentación en donde las voces —y los actos— de sus protagonistas estuvieron más preocupados por articular discursos de inocencia o culpabilidad que por revelar sus subjetividades emotivas<sup>6</sup>. A pesar del carácter esquivo del archivo judicial, un

---

4 Utilizo el término heteronormatividad para dar cuenta del conjunto de disposiciones orientadas a garantizar el intercambio sexual entre varones y mujeres con fines procreativos. La heterosexualidad, al igual que la homosexualidad e, incluso, la sexualidad, constituye una categoría históricamente situada. Hubert Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica* (México: UNAM, 1988), 199.

5 Fernanda Molina, “Tentado o consumado. Doctrinas jurídicas y praxis judicial ante el pecado nefando de sodomía. Virreinato del Perú, siglos XVI-XVII”, *Revista Historia y Justicia* 11 (2018): 160-190.

6 Sobre el tratamiento de las fuentes judiciales desde la historia de las emociones ver María Eugenia Albornoz, *Sentimientos y justicia. Coordenadas emotivas en la factura de experiencias judiciales. Chile, 1650-1990* (Santiago de Chile: Acto Editores, 2016).

acercamiento al denominado “giro afectivo” (*affective turn*) podría haber ofrecido algunas herramientas heurísticas y hermenéuticas que permitieran transitar ese recorrido hacia las emotividades pretéritas a través de un terreno un poco más firme. Si bien este “giro” en las ciencias sociales tuvo su origen en el interés por los modos en que las emociones afectaban diversas esferas de la vida pública en las sociedades contemporáneas, pronto fue desplazado hacia otros campos de estudio, como la historiografía, en donde el giro afectivo asumió la forma de “historia de las emociones”<sup>7</sup>. Esta perspectiva historiográfica, además de poner de manifiesto el carácter social e histórico de las emociones, trazó algunas estrategias de investigación para acercarnos a un problema tan escurridizo. En primer lugar, reveló que este tipo de experiencias siempre se encuentra mediado por el lenguaje, ya que aun cuando la emoción no es una palabra, se expresa a través de la palabra<sup>8</sup>. Para quienes trabajamos con testimonios judiciales esta circunstancia parece, a primera vista, una ventaja, después de todo, lidiamos con la palabra —escrita, por cierto— aun cuando aquella se encuentre mediada por la maquinaria procesal. No obstante, desde una perspectiva histórica, un primer desafío consiste en problematizar las supuestas continuidades o transparencias del lenguaje. ¿Acaso vocablos como “amor”, “ira” o “miedo” que aparecen en la documentación colonial están designando las mismas experiencias que hoy conocemos? ¿Se trata de términos que no precisan de una “traducción” histórica?<sup>9</sup> Esas “trampas” del lenguaje, a las que hace referencia Robb Bodicce, pueden llevarnos a asignarle un sentido unívoco, cuando no universal, a las experiencias que esos términos están designando; además, aun cuando persistan ciertos vocablos, no debemos perder de vista que los sentimientos que expresan pueden mutar o, incluso, desaparecer<sup>10</sup>. Otra de las estrategias heurísticas que ofrece la historia de las emociones está dirigida hacia el análisis del cuerpo como espacio no verbal en donde éstas se manifiestan. En la medida en que las emociones y los afectos constituyen

---

7 Sobre el “giro afectivo” ver Alí Lara y Giazú Enciso Domínguez, “El Giro Afectivo”, *Athenea Digital* 13, núm. 3, (2013): 101-119. Sobre la historia de las emociones ver: Robb Boddice, “The History of Emotions. Past, Present and Future”, *Revista de Estudios Sociales* 62, (2016): 10-15.

8 María Bjerg, “Una genealogía de la historia de las emociones”, *Quinto Sol* 23, núm. 1 (2019): 1-20.

9 Robb Boddice, “The History of Emotions”, 11.

10 Bjerg, “Una genealogía de la historia de las emociones”, 12.

fenómenos corpóreos —“afectan” al cuerpo—, las expresiones corporales constituyen una vía de acceso para indagar en las experiencias emotivas. En mi libro —aun sin contar con este *background*— sugería acceder a los lazos afectivos que unían a los acusados a través de lo que entonces denominaba “signos exteriores de afectividad” (p. 143) ¿Pero ¿cómo acceder a ellos cuando las expresiones faciales, las posturas, ademanes e, incluso, los tonos de voz son encapsulados, a través del registro escrito, en un formato burocrático? Afortunadamente, los procesos judiciales están saturados de declaraciones de testigos inoportunos así como de confesiones de acusados incitados “a decir verdad”. Sus testimonios, guiados por la curiosa morbosidad de algún magistrado, ansioso por conocer los detalles más íntimos de la consumación del delito, nos transmiten escenas en donde el cuerpo aparece saturado de sexualidad y afecto. Este “exceso del archivo”, sin dudas, constituye el sustento empírico a partir del cual indagar en los pliegues de las subjetividades emotivas que se desplegaron en el marco de la experiencia judicial<sup>11</sup>.

Un último aspecto al que me gustaría referirme está vinculado con el problema de las cronologías al que hace mención Omar Acha en su reseña. En el último capítulo del libro me proponía indagar en la subjetividad de los sodomitas coloniales con el objetivo de evaluar en qué medida las experiencias organizadas alrededor de las prácticas sodomíticas habían incidido en la conformación de sus identidades. La indagación se enmarcaba en una lectura crítica del clásico planteamiento foucaultiano según el cual, a diferencia del homosexual instituido por la *scientia sexualis*, el sodomita no constituía un personaje que cargaba con un pasado, un carácter, una forma de vida, una psicología, una anatomía e —incluso— una fisiología particulares, sino que, por el contrario, sus acciones se circunscribían a actos prohibidos por los derechos civiles y canónicos, lo que lo convertía en un “sujeto jurídico”<sup>12</sup>. Lo que el capítulo discutía era el carácter restrictivo y esquemático de esta interpretación. El trabajo de archivo me había permitido constatar prolongadas relaciones sexo-afectivas, expresiones de deseos sexuales, prácticas de

---

11 Retomo la expresión “exceso de archivo” planteada por Daniel Link en una comunicación personal.

12 Michael Foucault, *Historia de la sexualidad*, vol. 1. La voluntad del saber (Buenos Aires: Siglo XXI, [1976] 2002), 56-57.

afeminamiento y espacios de solidaridad y sociabilidad que revelaban una experiencia sodomítica que seguía otros itinerarios.

Sin embargo, la polémica no se centraba tanto en esta suerte de “periodización” de las (homo) sexualidades propuesta por Michel Foucault —volveré sobre este punto— como en las derivas historiográficas que se suscitaron a partir de ella. Según Acha, estas derivas en el campo de los estudios históricos sobre las sexualidades son el resultado de una lectura de la obra foucaultiana centrada en el primer tomo de *Historia de la Sexualidad*, en donde el autor, al ofrecer un argumento historicista respecto a la emergencia de un dispositivo de subjetivación —como es el de homosexualidad— favorece una “operacionalización historiográfica” de su propuesta. Acha considera que esta lectura —en la que entiendo también inscribiría a mi libro— no tiene en cuenta la reformulación del proyecto original que realizó Foucault a partir de *El uso de los placeres*. En efecto, desde entonces, Foucault desplazó su foco de interés desde lo que podríamos denominar el estudio de las formas de normatividad y las relaciones de gobierno hacia una genealogía de la subjetivación del sexo y la lenta formación del sujeto de deseo desde la Antigüedad hasta los primeros siglos del cristianismo<sup>13</sup>.

Siguiendo la argumentación de Acha, atender a esta reorientación del proyecto foucaultiano, en cierto modo, volvería fútil la polémica que planteara en el libro, en la medida en que, al enfatizar las cadenas de conexiones a través de los cuales los individuos han sido llevados a reconocerse como sujetos deseantes, Foucault tomaría distancia de aquellas formulaciones presentes en *La voluntad del saber* que oponían el homosexual al sodomita o el dispositivo de sexualidad al dispositivo de alianza<sup>14</sup>.

No obstante, como mencionara más arriba, el propósito de mi investigación no se orientaba a polemizar estrictamente con la formulación foucaultiana. Al respecto, señalaba que entendía

---

13 Sobre el proyecto original de la *Historia de la sexualidad* y su reformulación ver Michael Foucault, *Historia de la sexualidad*, vol. 2. El uso de los placeres (Buenos Aires: Siglo XXI, 2003 [1984], 10 y Frédéric Gross “Nota preliminar a la edición francesa” en Michel Foucault, *Historia de la sexualidad*, 4:17-18.

14 Foucault, *Historia de la sexualidad*, 1:57 y 129.

que se trataba de “una propuesta [genea] lógica de la experiencia de las relaciones sexuales entre varones” más que de una reconstrucción histórica (p. 162)<sup>15</sup>. La crítica se orientaba hacia aquellas investigaciones históricas que, preocupadas por establecer el inicio de la experiencia homosexual —esa caracterizada por la emergencia de un grupo de hombres que se autoreconocían a partir un deseo homoerótico— marginaban otras formas de disidencia sexual pasadas que también habían producido formas de subjetivación a partir de sus prácticas sexo-afectivas.

Si bien la centralidad que las/os historiadoras/es de la sexualidad hemos otorgado al primer tomo de *Historia de la sexualidad* pudo radicar en las circunstancias que señala Acha, no son las que motivaron a *Cuando amar era pecado*. Justamente, uno de los objetivos que me proponía allí consistía en desconfiar en la existencia de acontecimientos discretos capaces de establecer un punto cero de cualquier forma de subjetivación del sexo (y no sólo del sexo). En mi opinión, la relevancia que *La voluntad del saber* ha tenido en la historiografía de las (homo) sexualidades reside, además, en el hecho de que se trata de uno de los pocos escritos en los que Foucault hace referencia a los dispositivos biopolíticos modernos de la sexualidad elaborados a partir del siglo XVI y, más específicamente, a la figura del sodomita. Si bien su plan original contemplaba el estudio de estos dispositivos, sólo fueron abordados parcialmente en los cursos dictados en el Collège de France<sup>16</sup>. En una entrevista realizada en abril de 1983, a propósito de su proyecto de una historia de la sexualidad, manifestaba que, además de los tres tomos en los que se abocaría al estudio de las *aphrodisias* (segundo y tercero) y de la *carne* (cuarto), tenía algo más que un esbozo de libro acerca de la ética sexual del siglo XVI, en el cual indagaba en las técnicas del yo, el autoexamen y la cura del alma, temas centrales para el cristianismo tanto en su versión ortodoxa como cismática<sup>17</sup>. Lamentablemente, ese libro nunca salió a la luz. En ese escenario, *La voluntad del saber* se ha convertido en

---

15 El mismo Foucault advertía esto al señalar que, aun cuando sus investigaciones sobre la sexualidad eran estudios de “historia” en virtud de los temas que trataban y de las referencias que tomaban, no constituían trabajos de “historiador”, sino ejercicios filosóficos. Foucault, *Historia de la sexualidad*, 1:12.

16 Gross, “Nota preliminar a la edición francesa”, 18. Ver particularmente las clases del 19, 22 y 26 de febrero de 1975. Michael Foucault, *Los anormales, Curso en el Collège de France (1974-1975)* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000).

17 Dreyfus y Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo*, 263.

un estudio señero al que las/os historiadoras/as recurrimos a fin de encontrar pistas o claves de interpretación que nos permitan comprender los procesos de subjetivación del sexo durante el período temprano moderno<sup>18</sup>. La reciente aparición de *Los pecados de la carne*, abocado al estudio de las técnicas y las prácticas de sí que se desarrollaron durante los primeros siglos del cristianismo, puede ofrecernos algunas líneas de indagación para comprender, a través de la técnica de la disciplina penitencial o de la noción *sui juris* de la libido, el proceso de constitución del sujeto deseante en ese período<sup>19</sup>. Más allá de los vacíos o los puntos ciegos que pudo haber dejado el proyecto de historizar el proceso de formación del sujeto deseante moderno, es indudable que la obra de Michael Foucault continúa siendo una referencia ineludible para los las/os historiadoras/es (de las sexualidades), incluso, póstumamente.

---

18 El objetivo de Foucault en ese volumen estaba orientado a estudiar la emergencia, hacia finales del siglo XVIII, de una nueva tecnología del sexo que, basada en la medicina, la pedagogía y la demografía, convirtió a la sexualidad en un asunto de Estado. A fin de revelar el carácter inédito de ese proceso, Foucault recurrió, siguiendo una estrategia comparativa, al estudio de la “tecnología de la carne” que, aun cuando sufrió mutaciones importantes hacia mediados del siglo XVI, como efecto de la Reforma y del Concilio de Trento, continuó poniendo en el centro la dirección y el examen de conciencia como práctica de sí. Foucault, *Historia de la sexualidad*, 1:140-145.

19 Foucault, *Historia de la sexualidad*, 4:70, 360 y 374.